

## textos

### cine

**such is life**, (*Nueve vidas*, Rodrigo García, 2006)  
*Ignacio Castro Rey, Madrid, 9 de octubre del 2006*

Odio las abreviaturas, toda esta manía actual por lo fast, el impacto de lo breve y la economía móvil de las contracciones. Empiezas diciendo "finde" y acabas podando la relación con tu madre. Sin embargo, en arte y en otros sitios, a veces lo minimal tiene la virtud de concentrar en un punto un universo de significado, como ocurría en los aforismos de Nietzsche. Así ocurre en la condensación poética, en el haiku y en esta película de Rodrigo García, que consigue una intensidad casi sostenida a lo largo de nueve cuentos entrelazados. Un poco al estilo de aquellos Short cuts de Altman, poniendo en la pantalla el laberinto de senderos que se cruzan. La historia no está acabada nunca en ningún sitio, pues sigue en otros niveles más o menos invisibles, bajo la línea del agua.

Mosaico de nuestra dicha y nuestra zozobra, las narraciones mínimas de García tienen varios logros. El primero es no enseñar la cara del monstruo. En ellas nunca está todo dicho. Se trata de retazos de vida, como la vida misma, que esperan su conclusión en otro sitio, si es que esperan algo en algún lado. Como no creo que García crea en otra vida, hay que pensar que su espera carece de paraísos mesiánicos donde el sentido vendría de una vez por todas. Otras de las virtudes de *Nine Lives* es que en esta cinta no hay "malos", a diferencia de tanto maniqueísmo de corte yanqui. Claro, la película no es exactamente comercial según el canon estadounidense -no hay ni un solo herido por arma de fuego. Se ha hecho incluso, me atrevería a decir, pensando más en el mercado europeo. Por eso tal vez pueda permitirse el lujo de retratar un mal, el de vivir, donde no hay culpables fácilmente imputables. Ni siquiera los hombres lo son (¡aleluya!), a pesar de que las nueve historias lleven nombre de mujer. Quizás tenga razón García, tal como somos los varones, al decir que el tejido femenino le permite un discurso emotivo sobre las emociones, sin caer en el sentimentalismo ni en la redundancia.

Por el contrario, con una lógica desigualdad, los nueve plano secuencia tienen todos una dureza que no es habitual sin melodrama. Es cierto que se bordea el melodrama, a veces el culebrón -en la primera historia, la de Sandra. Pero incluso este escenario de prisión está libre de los malvados que tanto gustan al público. Ni Sandra es exactamente un ángel, ni el oficial es un sádico. Todo transcurre más bien, aquí y a partir de aquí, en una ambigüedad moral que nos recuerda a algo bueno en estos tiempos tan aficionados al blanco y negro de la información. Toda la violencia que hay en primer plano es la del mero vivir. No está mal para estos tiempos binarios que corren, donde el adentro-climatizado siempre se ha de rodear de una afuera-arrasado.

Con todo, me gustaría saber el secreto por el cual este hombre, autor de *Cosas que diría* con sólo mirarla, ha podido fichar, a bajo o a ningún precio, a gente como Kathy Baker, Joe Mantegna, Sissy Spacek, Glen Close y Holly Hunter. El plano secuencia en el que están rodadas las nueve historias, en una sola toma de 10 a 14 minutos, sin cortes ni material de reserva, facilita cierto verismo de cine-cine. Cierta, una historia bien contada debe ocurrir por primera y por última vez, sin posibilidad de rebobinado, de montaje. Y además, como recordaba Godard, tiene la función de dejar el sentido en el aire. ¿García

retrata entonces, en estos fragmentos, la continua discontinuidad que es la vida? De hecho, cogemos las nueve vidas siempre ya comenzadas. Y cuando terminan no acaban, pues el movimiento sigue sin que sepamos el desenlace, como un iceberg brillante del que vemos sólo una novena parte. Bajo el hielo azul, la sumergida sombra verdosa.

La joven Samantha viaja incansablemente por la casa, de habitación en habitación, escapando de papá y mamá. Sonia, que no es capaz de vivir con su novio ni sin él. Camille, enfrentada a la humillación rutinaria del hospital, los sedantes y la cirugía. Gente atrapada, se ha insistido, como nosotros, oscilando en el mismo día entre el cielo y el infierno, entre la dulzura -ese Joe Mantegna eternamente solícito- y el pánico. Haciéndose cargo -en parte por amor, en parte por cobardía- de algo heredado para encontrar ahí un pequeño giro de la fortuna. En efecto, decían los estoicos, el hombre no elige, se limita a modelar lo que viene, a intentar comprenderlo. Somos dichosos, cuando lo somos, al conseguir labrar la fatalidad.

Me gustaron mucho la segunda y la tercera historia. Esa magnífica y preciosa Diana que tiembla entre el parto inminente de su hijo y la aparición de su antiguo amor. Bajas al supermercado y un breve encuentro pone otra vez todo en suspenso, como si tuvieras quince años. Such is life! No sabemos nada de lo que llamamos vida, nunca sabremos nada. Tampoco en esa Holly extremadamente ansiosa, al borde del estallido, que regresa al hogar para aclarar un trauma que -afortunadamente- no acaba de confesar. Parece que lo peor ha ocurrido y aún así, ni la víctima ni el verdugo dejan de ser humanos, de estar ahí, mirando de frente. O esa Ruth que rechaza la oportunidad de una aventura en un hotel, cuando su relación matrimonial no es fácil y el galán que le ha tocado en suerte es más joven que ella, inteligente y encantador. Me gustaron todas, pero quizás sobre todo la sobrecogedora historia de Lorna. Primero, ese fino sentido del humor de su entorno familiar. Después, la turbadora relación que mantiene con su ex-marido sordomudo. Como dice Holly en la tercera "vida" mientras habla con su hermana, el amor sale por cualquier sitio. O uno estaba muy sensible esa tarde -a veces ocurre- o ese polvo compulsivo en el tanatorio, con un sordomudo de luto que grita desesperado en una lengua monstruosa, es de las cosas que ponen un poco los pelos de punta. La soledad y el desgarrar de ese hombre, la cabeza vencida que ella acaricia después del coito, qué miedo.

Aunque también se puede decir que una especie de bonhomía alternativa atraviesa a muchos de estos personajes, una suerte de beatitud, no se sabe si muy real. Sin embargo, ¿qué es real? Si hay literatura y cine es porque el significado está aplazado, para siempre entre paréntesis. Ficción por ficción, prefiero ésta a otras.

De Carver a Chejov, los maestros de García le guían para realizar un conjunto de factura impecable y no muy alegre, francamente. Tampoco es eufórica la historia final de la niña muerta después de subir a un árbol ante la mirada de su madre, en medio de una mañana radiante en el cementerio. Pero la película no se recrea en la derrota y mantiene, si no un hilo de esperanza, sí un compás de espera. Mientras este limbo en el que vivimos, matrimonio del bien y del mal, transcurre en un continuo plano secuencia. Como decía Eliot, no estamos derrotados solamente porque seguimos luchando. Ni él ni García tienen la culpa de que otros nos hayan engañado prometiendo más.